

Oswaldo Soriano Cómicos, tiranos y leyendas

Selección y prólogo de Ángel Berlanga

RETRATO (*Página/12*, 17 de octubre de 1993)

Poco antes de morir, mi padre escribió un cuento titulado «La luz mala». Me lo dio a leer y recuerdo que le hice una crítica despiadada. Me escuchó un poco intimidado porque yo acababa de publicar mi primera novela y unos meses después se murió sin decirme qué debía hacer con su cuento. Desde entonces, cada vez que encuentro esas páginas con su membrete, siento que estoy en deuda con él. Son ocho carillas escritas a máquina y corregidas con una Parker de los años cuarenta. Ya están medio amarillentas y dos por tres sé me pierden en el desorden de los papeles. No tienen otro valor que el senti mental y sólo pueden interesarme a mí, que soy su único hijo.

Además del cuento dejó sus herramientas de trabajo: una máquina de escribir que me robaron en los primeros días de este diario, algunos lápices y varias gomas de borrar. Unos días después del entierro cayó por casa un tipo alto, pelirrojo, que me presentó un pagaré con la redonda firma de mi padre. Quería cobrar o llevarse una cámara Rolleiflex que decía haberle vendido en cuotas. En otro tiempo le habían quitado una Leica por falta de pago y también un torno italiano que tenía atado con tres cadenas para que nadie pudiera llevárselo.

Busqué en vano por toda la casa. El manual estaba en el cajón, pero la cámara no apareció. El cobrador quería que se la pagara yo como heredero que era de los bienes y obligaciones de mi padre. Bienes no dejó ninguno, salvo los lápices, las gomas de borrar y la máquina de escribir que después me robaron. No sabía ganar dinero aunque le hubiera gustado tener el suficiente para pagarse unas entradas al Colón y comprarse la Enciclopedia Británica. Le conté todo eso al vendedor, que a cada rato me daba sus condolencias para congraciarse.

Para él una cámara de fotos era algo que se compra y se vende; en cambio mi padre tenía verdadera pasión por lo que él llamaba «objetos animados» y que aquí, por comodidad, yo llamaré chirimbolos. Amaba los autos, los ventiladores, los grabadores magnetofónicos y hasta las pilas de las linternas. Si caían en sus manos, tarde o temprano los desarmaba para comprender su mundo. No podía entender cómo alguna

gente manejaba un coche o una licuadora sin antes haberlos deshecho.

Había amado tanto su Rolleiflex que a fines de los años sesenta escribió un memorial de sus andanzas con ella. Ese fue el único antecedente narrativo de «La luz mala» y, como el cuento, es de escaso valor literario. Está escrito a lápiz, en diez hojas de almanaque que abrochó junto a una pila de fotos, y empieza con una frase pretenciosa: «Nada se consigue sin dolor». Después viene una larga tirada que habrá sacado de sus tardías lecturas y al fin se interna en los vericuetos del universo fotográfico. En una ficha verde intenta cultivar el arte de la paradoja que fascinaba a Joyce: «Me fue revelado que son buenas aquellas cosas que no obstante están corrompidas y que no podrían corromperse si fueran supremamente buenas o si no fueran buenas».

El cobrador dejó de lado los escritos de mi padre y miró con detenimiento las fotos. Después de todo, lo que él quería era que le pagaran la Rolleiflex. En una de las tomas estoy yo, el pelo cortado al rape y la mirada aburrida. En otra se ve un río encabritado por la tormenta. Lluve y al fondo, en la otra orilla, un jinete huye hacia el bosque. El cielo ha quedado fuera de cuadro aunque se adivina el horizonte oscuro. ¿Quién es el jinete? ¿Por qué mi padre apretó el disparador en el exacto momento de la huida? Nunca lo sabré. Son tantas las cosas que ya no sabré que intento leer retazos de su vida en estos textos que conservo y en aquellas fotos que miraba el cobrador.

En «La luz mala» mi padre narra una noche de jóvenes en el Delta. El cuento no tiene mayores pretensiones pero en la nebulosa del relato se adivinan la incertidumbre de Dios y el inconfesable miedo del improvisado narrador. Intuyo al hombre que escribe: busca en su pasado rastros y rostros que proyectará hacia el futuro. Rostros queridos, odiados, caras imaginarias. Toda escritura aspira vanamente a fundar y perdurar. Mi padre persigue al joven que fue allá en el Delta y me deja un misterio repetido: dónde, cuándo, por qué.

A veces salía con la cámara por las calles de Morón. To maba paisajes tontos en los que parecía buscar otra cosa, algo que se le escapaba como el agua entre los dedos. Un día de hace veinte años fui a visitarlo y lo encontré apenado. Le pregunté si tenía problemas y me dijo que lo había mordido un perro. Así, de sopetón, mientras se paseaba con la cámara. Insistí para que fuéramos al hospital a que le pusieran la vacuna. Recuerdo lo indefenso que parecía. Tenía un enorme tajo en el pantalón y, aunque trataba de mantener un aspecto de dignidad, su orgullo estaba más herido que su pierna. En el memorial escribe, muy orondo: «Perro que ladra también muerde», pero se olvida de mí. Me excluye de su pequeña tragedia. Tomamos un colectivo hasta el hospital y yo le guardé la cámara mientras en la guardia lo hacían retorcer de dolor. Sin embargo, en su testimonio yo no estoy a su lado. Va solo, hombre de pelo en pecho, asumiendo las bofetadas del destino.

Es curioso que necesitemos excluir al otro para engrandecer nuestra módica epopeya. Mi padre se encariñaba con los cachorros igual que a mí se me apegan los gatos.

Decía, riendo, que el suyo era un destino de perros. Pamplinas. Puro neorrealismo italiano: tal vez no tenía coraje suficiente o le faltó talento para afrontar lo suyo. Así lo describe: «Una luz mala me perseguía con insistencia, como si Dios me hubiese señalado entre la multitud». Hay una foto en la que aparecemos sentados en la escalinata del casino de Mar del Plata. Mi padre estaba convencido de que podía ganar porque había desarmado un par de esos chirimbolos que llaman ruletas y creía haberles encontrado la vuelta. Habrá sido allá por el año sesenta. Le pidió a un turista que nos tomara la foto y entramos a jugarlos su sueldo y el mío. En un santiamén lo perdió todo. Coronaba números

absurdos que, según decía, evocaban lo esencial de su vida. La fecha de casamiento, la caída de Perón y el día en que yo nací. Adicionaba o restaba y las fichas se le iban por más que cambiara de color. Yo gané lo suficiente para salvar el viaje y camino de vuelta nos peleamos porque sostenía que en un descuido le había copiado su martingala. Tampoco eso figura en el memorial de la Rolleiflex. Ahí dice que era él quien ganaba y se atreve a arriesgar el seis como su número de la suerte.

El cobrador se aburre de mirar fotos ajenas. Sospecha que antes de partir el difunto ha escondido la cámara para que no se la lleven. Es una idea que yo descarto, pero ¿qué puedo hacer? Pagar, me dice el tipo alto, pelirrojo. Pagar por él. Ahora no recuerdo cómo me lo saqué de encima esa vez, pero unos días más tarde volvió a tocarle el timbre a mi madre, que vivía sola. Medio de prepo, con frases de pesadumbre y cuentos leguleyos, se metió en casa y la reviso de cabo a rabo. Como no encontró la cámara quiso llevarse la tele, pero entonces mi madre lo echó a escobazos.

Por entonces yo ya sospechaba la verdad. Revise el memorial de la Rolleiflex y en la última página encontré, agarrada con un alfiler, la boleta del banco de préstamos. La había empeñado pocos días antes de caer enfermo. Tantas veces lo acompañé al santuario de los ahorcados, cerca de Plaza de Mayo: dejaba el reloj, el teodolito o la máquina de escribir; a veces todo junto y una gargantilla de mi madre. A fin de mes junté la plata y fui a rescatar la cámara. En un bar de la calle Reconquista, mientras esperaba a un fotógrafo del diario, le eché un vistazo y me di cuenta de que estaba cargada.

No quise tocarla de miedo a que el rollo se velara. Eran las últimas fotos que había tomado pero su memoria estaba demasiado fresca y esas cosas todavía carecían de importancia para mí. El fotógrafo era un vietnamita serióte, que no hablaba ni una palabra de español. Hizo girar la manivela de la Rolleiflex, extrajo la película y me dio a entender que la revelaría en el laboratorio del diario.

Le llevé la cámara a mi madre para que la devolviera y tratara de sacar unos pesos por las cuotas pagadas. Al tiempo, el vietnamita me trajo un sobre con los negativos y una copia de cada foto. Eran cosas banales: un autorretrato en el que mi padre finge leer un grueso volumen de estadísticas y censos; un perro rascándose al sol; la desierta plaza

de Versailles. En la última del rollo, algo nubosa y fuera de foco, se distingue un riacho entre la vegetación del Tigre. Ahora que ha pasado tanto tiempo puedo mirarla mejor. Mi padre está sentado en la orilla, con los pies en el agua. Detrás, casi imperceptible, el jinete huye bajo la lluvia.